

## GHETTOIZACIÓN DE LA UNIVERSALIDAD Y EL FUTURO DE LOS DERECHOS HUMANOS

José Calvo González

*Universidad de Málaga*



STAS páginas proponen una reflexión sobre la supervivencia de la universalidad de los derechos humanos al hilo del todavía reciente y polémico ensayo de Hans Magnus Enzensberger, *Perspectivas de guerra civil*<sup>1</sup>.

Enzensberger (Kaufbeuren, Baviera, 1929) conecta la experiencia de guerra, considerada como forma primaria de todo conflicto colectivo, al atavismo ancestral del placer de matar, de raíz antropológica más que económica o ideológica. Superado el modelo de guerra entre Estados y el de conflictos vicarios, el nuevo orden mundial se encuentra, dice, bajo el signo de la guerra civil<sup>2</sup>. En esta coyuntura es posible detectar, además de una creciente escalada de guerras civiles «exteriores» y geográficamente lejanas, también la manifestación «endógena» del fenómeno en nuestras propias metrópolis, o guerras civiles «moleculares»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Hans MAGNUS ENZENSBERGER, «Aussichten auf den Bürgerkrieg», Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1993, *Perspectivas de guerra civil*, trad. de M. Faber-Kaiser, Anagrama, S. A., Barcelona, 1994, 86 pp.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 18-19

Las sociedades desarrolladas albergan dentro de su presunta o aparente paz un estado de guerra civil que es «molecular», pero sólo en tanto aún no generalizado. No obstante, de su constatación y diversa modalidad cabe apreciar, junto a una total transformación del modelo tradicional de guerra civil, algunos rasgos comunes. Así, venir protagonizadas por grupos sociales sin metas ni legitimación teórica o práctica (política) alguna<sup>4</sup>; el autismo de los combatientes y una nueva vivencia de la violencia que, en cuanto trufada de sí misma, puramente psicótica, es tan paradójica como para negar, incluso, la lógica reguladora de la supervivencia egoísta y la autoconservación.

Esta pulsión autodestructiva se combina también con un extraño sentido del altruismo o desinterés entre los propios implicados, entendido ahora en una doble e inédita acepción (v. gr., como di-versión del análisis de H. Arendt en *Origins of Totalitarianism*). Primero, y en principio, en cuanto indiferencia en la predilección por una u otra clase de víctimas, si bien la completa resemantización del modelo de masculinidad del héroe clásico inclina por victimizar siempre a los más débiles e indefensos. Se prefieren y eligen, por lo general, las víctimas más fáciles. Segundo, igualmente un distinto sentido del altruismo o desinterés referible en el inquietante hecho de que se lucha prácticamente «por nada»<sup>5</sup>. De esta forma, «cualquier vagón del metro puede convertirse en una Bosnia en miniatura», «cualquier diferencia se convierte así en un riesgo mortal»<sup>6</sup>. Basta sólo con odiar<sup>7</sup>.

Para intentar una comprensión del fenómeno, parece que acudir a los esquemas de racionalidad o irracionalidad política o económica no reporta resultados. Se acaba comprobando la inutilidad de una lectura *en suite* acerca de las contradicciones derivadas de una concepción lineal del progreso e imposible equilibrio global de modernización (capitalismo, distribución injusta, pobreza, marginalidad, subdesarrollo, insatisfacción, violencia). Igualmente, si el intento explicativo se ve en la búsqueda y aspiración dialéctica del reconocimiento ajeno (concepto formal de reconocimiento en Hegel), o cuando se

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 20. Por otra parte, la subsistencia de los signos externos antes identificadores de las ideologías ha quedado reducida a la función de mero atrezzo y simulacro. De tales residuos ideológicos se hace mascarada y carnavalización.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 32-33.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 28 y 29.

<sup>7</sup> La evidencia se transporta como argumento también para la interpretación del nacionalismo actual. Al contrario que en el discurso constructivo que caracterizó al nacionalismo decimonónico, «a los nacionalistas de nuestros días sólo les mueve la fuerza destructiva que mana de las diferencias étnicas. El tan invocado derecho a la autodeterminación se reduce al derecho a determinar quiénes deben sobrevivir en determinado territorio y quiénes no. Sólo les guía el deseo de destruir todo tipo de “vida inservible”», *Ibidem*, pp. 22-23.

apela a factores demográficos (inaudito crecimiento de la población), o bien, si se lo propone razonando desde el principio de supervivencia y las soluciones de exterminio (pensamiento biológico)<sup>8</sup>. La realidad no es otra que el odio: odio furibundo hacia todo, y hacia uno mismo. Por doquier sólo existe obscena malignidad, superlativa y versátil. La sombra hobbesiana de la ley del más fuerte materializa en la autotutela. Es así que las ciudades se transforman, día a día, cada vez más en archipiélagos de alta seguridad, y el espacio público no es otra cosa que el reflejo invertido del universo concentracionario<sup>9</sup>. El estado de guerra civil es, por añadidura, «contagioso», de donde ya no cabrá distinguir la agresión de la defensa<sup>10</sup>. En consecuencia, tampoco al inocente del culpable; todos son, indiscriminadamente, una misma y sola cosa. Hasta el propio Enzensberger se reconoce ya inoculado; de odio, de miedo, de rabia<sup>11</sup>.

En todo ello ha correspondido a los mass media, en especial a la televisión, un papel de extraordinaria importancia: actuar como eficaces incentivos del autismo y trascender la realidad en un espectáculo de animación virtual<sup>12</sup>. Pero también, y sobre todo, esas potencialidades mediáticas han terminado convirtiendo a los medios audiovisuales en una instancia moral<sup>13</sup> exoneratoria para sus destinatarios; la inflación de horror y barbarie favorece, finalmente, la autoindulgencia moral, aunque no libre de un intenso sentido de culpabilidad en quien se sabe y reconoce impotente ante toda esa barbarie y horror.

A la base y como razón de fondo de esa aporía paralizante está la «trampa moral» de nuestra (occidental y eurocéntrica) abstracta e incondicional retórica universalista y una idea de los derechos humanos concebidos como obligaciones por principio ilimitadas<sup>14</sup>. Prisioneros, pues, de nuestras propias fantasías de omnipotencia moral no restan más que dos posibilidades. Una,

<sup>8</sup> *Ibidem*, cap. IV, «Laberintos interpretativos. Callejones sin salida», pp. 34-46.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 51-52. En este caso, se lee, «es el mundo exterior el que los internados consideran como posible zona de exterminio», o, también, los privilegiados «se han convertido en prisioneros de su propia seguridad».

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 53-55.

<sup>11</sup> *Ibidem*, cap. VII, «Presunciones de inocencia. Campos de minas», pp. 56-59. Enzensberger escribe de sí mismo: «No soy neutral. Estoy contagiado. Siento cómo la rabia, el miedo y el odio se están acumulado en mí... No existe punto de Arquímedes. Me he adentrado en un campo de minas intelectual y moral... No estoy de acuerdo con nadie, ni siquiera conmigo mismo».

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 63. Los criminales «llegan a creer que no matan realmente, sino que todo es "sólo televisión"»; «en este sentido la televisión hace las veces de... prótesis de un Yo atrofiado de forma autista». La guerra civil se convierte así en una serie televisiva», p. 67.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 68-69.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 66. En el cap. X, «Llamadas de auxilio, tuteladas», pp. 72-76, se ejemplifica el fracaso de autoridad moral y credibilidad de la ética universalista occidental con ocasión de intervenciones exteriores.

continuar en la creciente contradicción entre la universalidad de nuestras responsabilidades morales y la relatividad de nuestras posibilidades de actuación. La otra, renunciar a la ficción del universalismo e interrogarse sobre el modo de articular algún tipo de mediaciones entre la idea de los derechos humanos y las acciones políticas y personales.

Se trataría, en su opinión, de estatuir «gradaciones» de responsabilidad y establecer «prioridades». Enzensberger trata de clarificar su terminología. Respecto a prioridad, considera que no es sólo cuestión de elecciones simplemente binarias, ni tampoco de decidir entre alternativas mutuamente excluyentes, ni quizás, podría añadirse, entre igualdades indiferentes. En cuanto al gradualismo, entiende que al enfrentar necesidades y exigencias es siempre preciso determinar y distinguir las que resultan próximas y posibles de realizar, de aquellas otras que aparecen como más lejanas, de las que se conoce poco o nada, en las que no se alcanzará a intervenir, y las que son indiferentes (distribución que recuerda la «pintura» de la *pedra en el lago* como cancelación de deberes mencionada por F. Laporta en su ponencia). En todo caso, la metodología es mucho más esclarecedora, sobre todo al contemplar su lado más oscuro. Enzensberger apela a las experiencias de medicina en tiempos de guerra, por otra parte típicas en orden a lo que ha sido hasta ahora la pauta de su discurso. Menciona la práctica del *triage* o selección y separación de los heridos en tres grupos: heridos leves, para ser tratados superficialmente, dejándoles que lleguen a retaguardia por sus propios medios; heridos irreversibles, para ser abandonados a su suerte; y heridos graves, pero con posibilidad de cura, sobre los que bascularía todo el potencial clínico<sup>15</sup>.

Ciertamente, concluye Enzensberger, desembocar en la lógica del *triage* no redimirá de futuros dilemas morales, pero debe considerarse como solución de emergencia a una situación extrema, tal que la presente, por capaz de ofrecer frente a las promesas del universalismo «su utilidad y su ausencia de autoengaños»<sup>16</sup>. Su declaración final va expresada, ya sin pretensiones metafóricas, del siguiente modo: *Hic Rodhus, hic salta!*, o bien *First things first*. Esto es, primero lo primero: «Y antes de separar a los contendientes bosnios debemos acabar con la guerra civil en nuestro propio país. Para nosotros los alemanes, ello significa que no debemos dar prioridad a Somalia, sino a Hoyerswerda y Rostock, a Mölln y Solingen. Nuestras posibilidades de actua-

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 77-79.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 80.

ción dan abasto para ello; es algo que se puede exigir a cada uno de nosotros; de ello somos responsables»<sup>17</sup>.

1. Confío que este resumen haya logrado trasladar no sólo los contenidos más significativos de la obra. Creo que unido a ellos existen también ciertas experiencias de lectura que debía procurar no soslayar tras la mecánica de una reseña. Y es que el curso narrativo de este breve ensayo se siente como el cordel de yute al correr a través del puño que lo aprieta; el libro quema entre las manos del lector. Así, luego, lo más sencillo sería simplemente satanizarlo. Pero es ésta una tarea en la que, al menos yo, prefiero hacer renuncia. De los escándalos intelectuales (y de los otros) no me interesa tanto la sorpresa de su posible impudicia como el a veces no poder alcanzar alguna explicación a su sentido. Por tanto, lo que más me importa es lograr identificar y comprender las razones de discurso (si las hay); esto es, preocuparme de su análisis y abordar la instancia interpretativa y crítica que debe acompañarle. Y aquí, además, con preocupación que conviene declarar expresamente, porque su origen, gestión y administración discursiva se presentan unidos al modelo del «sentido común» (*common sense*). Y es que sólo desde la inconsciencia y la irresponsabilidad se podría ignorar o despreciar la relevancia social de lo que, como poco, es sin duda una inflexión provocadora en el discurso sobre la universalidad de los derechos y de los derechos humanos en particular.

2. A este propósito creo que reporta interés traer mención de tres de sus últimas obras; los ensayos *La gran migración* (1992) y *Mediocridad y delirio* (1993) y el libro de poemas *Música pura* (1994)<sup>18</sup>. En todas ellas parece posible detectar un rasgo común. Se encuentra en la construcción de un determinado tipo metáforas epistemológicas y el empleo de ciertos lenguajes. Existe, en efecto, una acusada inclinación al empleo de metáforas físico-naturales y al uso de expresiones médico-clínicas, en particular relativas a procesos patológicos y de anomalías orgánicas o de disfunción psíquica y psicosomática.

Para *La gran migración* se utilizaron las de «bulimia demográfica» y «turbulencia atmosférica». Allí se habló también, como explicación al pánico europeo ante las migraciones, de un «estado de difusa guerra civil universal». Es quizá por ello que no deba tomarse en vano la sugerencia del editor español

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 81. En el cap. XII, «Milagros provisionales», pp. 82-84, se construye la fábula de un tiempo intermedio. Por último, en pp. 85-86 se da cuenta de las fuentes utilizadas en el trabajo, así como relación de algunos lectores durante su elaboración (R. Nozick, G. Goettle y K. Shlögel).

<sup>18</sup> *La gran migración*, trad. de M. FABER-KAISER, Anagrama, S. A., Barcelona, 1992; *Mediocridad y delirio*, trad. de M. FABER-KAISER, Anagrama, S. A., Barcelona, 1993, y *Música pura*, trad. de J. L. Reina Palazón, Visor, Madrid, 1994.

al invitar hacer una lectura de ésta con la más actual de *Perspectivas de guerra civil*, considerando que ambas bien pueden formar un díptico de recomendable examen conjunto. En *Mediocridad y delirio*, tratando del proceso de disolución de la autoridad (de la idea de autoridad única) en las sociedades occidentales, se acude a la expresión «acéfala» para referir el fenómeno de una regulación llevada desde la ausencia de instancias rectoras. Una hipótesis explicativa donde el comportamiento social, a impulsos esquizoides, amenaza situaciones degenerativas. Finalmente, *Música pura*; creación poética acerca de un relativismo valorativo que revela en las imágenes del tropismo, envolvente y múltiple, la imposibilidad de respuestas universales unívocas.

Sin embargo, lo que hasta aquí había sido una recurrente predilección por el artificio metafórico, a veces muy iluminador, y hasta brillante, así como por determinado vocabulario, prolifera ya en grado extremo durante *Perspectivas de guerra civil*. Es decir, a lo largo de toda ella y especialmente en la presentación y el desarrollo de las principales tesis (antropológicas, sociales y políticas) que allí se exponen. Un catálogo no exhaustivo contendría vocablos y locuciones como: atavismo, sutura, desmembración, degeneración, metástasis, mutantes, virus importado, endógeno, molecular, autismo, vida inservible, testosterona, pulsión, retrovirus político, terapia, irresistible fuerza de atracción, formas de automutilación, obcecación, obsesión, voracidad, degradación, fase de latencia, parálisis, fractura ósea, sistema límbico, contagio, ardiente deseo, prótesis, atrofia, subliminal, dosificación, incremento de dosis, dosis diaria, reacción paradójica, remedio mal aplicado, germen, desbordamiento, aislamiento del foco, intervención, tratamiento, medicina bélica, hospitales de campaña, cura, medicina de trasplantes, etc...

Así pues, no es difícil comprender que toda esta gama lingüística sin duda conforma un campo semántico en torno, claramente, al signo de lo irracional e irrazonable. Añádase, entonces, lo relativo al envoltorio metalingüístico de la escritura, esto es, aquel desde el que actúan las franjas de persuasión. El discurso de Enzensberger se impregna de un ritmo que es brío arrebatado, convulso incluso, y de velocísima cinética, casi indetenible. La formal y fría aportación de datos en instantáneas, de sucesos, de noticias, logra al fin producir en el lector la ilusión perceptiva de la realidad al modo de un semoviente tejido de moaré donde el ojo (crítico) no logrará fijar la mirada por tiempo suficiente.

El efecto de atrapamiento crítico y consternación se agudiza suministrando un cóctel ideológico al que van a dar como ingredientes citas, por igual, sea de Arendt que de Hegel, Hobbes, J. De Maistre o C. Schmitt.

3. Lo anterior sería bastante para, en una lectura ingenua, asegurar que Enzensberger ha venido a convertirse de antiguo jacobino en, a última hora, otro más de los reciclados conservadores magicistas. Ideológicamente pesan sobremanera el flagrante pesimismo de inconfundible sonoridad hobbesiana, la aparición de multitud de penumbras antirroussonianas, la reaccionaria sublimación del oscuro verdugo universal y el devenir de la voluntad en tránsito a un terrible decisionismo.

O mejor aún, para evidenciar a través del caso Enzensberger esa típica borrosidad que al fin de siglo y «final de la historia» rompe con las envejecidas determinaciones propias de la clásica topografía político-ideológica: parámetros arriba-abajo (Norte-Sur), izquierda-derecha.

4. Pero el «caso Enzensberger» no responde, sin embargo, desde mi punto de vista, a ninguna de estas coordenadas. Tampoco a que su posible claudicación intelectual proceda de una interpretación y aceptación del orden social actual como un «fait accompli», dando lugar a algo así calificable de escandaloso «síndrome Enzensberger». A mi juicio, todo ello es parte, y muy fundamental, de una calculada estrategia destinada a poner en evidencia los tics más gregarios de nuestra civilización tardo industrial.

Un fenómeno semejante pudo ya detectarse en época de entreguerras con la aparición de manifestaciones intelectuales que al presente están por completo a salvo de cualquier interpretación perversa. Me refiero, por ejemplo, a la kafkiana despersonalización del individuo ofrecida en *Der Prozess* (1925) y *Das Schloss* (1926), a la anticipatoria disolución de lo unipersonal en *Locura y muerte de Nadie* (1929), de Benjamín Jarnés, a la coralización del protagonismo histórico en el «hombre-masa» orteguiano (1930) y, en fin, al autismo de *The Man Without Qualities*, del «hombre sin atributos» de Robert Musil (1930-1952). A mi parecer, el texto de Enzensberger trae una similar entonación. Incluso desde la coyuntura temporal; tiempos de entreguerra, de guerras moleculares en tanto aún no ha sido declarada una generalizada y total.

La variante ocasional, pero no contradictoria, vendría ahora de reinvertir, mediante irónica exacerbación, las consecuencias lógicas de lo que antes se había denunciado, proponiendo una devastadora salida al aparente *tertium non datur* de las contradicciones entre diversidad e igualdad. Ésta consistirá en mostrar de qué forma la *molecularización* al límite de un universalismo «mínimo», precisamente a través de la negociabilidad de la igualdad por cotos de diversidad privilegiada, comunitaristamente preservada y excluyente (regla de Triage), desbarata la idea nuclear de los derechos humanos como compromiso de universal «análogo». El paradójico resultado (la reacción paradójica) no

sería, en efecto, sino la refundación del viejo universal simplemente «unívoco», o bien el surgimiento de uno nuevo puramente «equivoco».

La incitación irónica y hasta satírica acierta a encontrar, además, el terreno donde la moralidad tardo y posmoderna parece instalada pro futuro; esa zona entre la falta de entusiasmo y la desaparición de la ilusión que hoy ya abre expedito camino, en tantas facetas, a la tabulación economicista de los ideales. La ética de la responsabilidad trasladada a eficiencia; medida y contada por tablas de coste, funcionalidad y prestación.

5. El ideal civilizatorio de los derechos humanos como «universal análogo» padece al momento actual la amenaza de una ghettoización nacida del desfalleciente tramo final de la modernidad y el desencanto de una fallida posmodernidad, lo que requiere, a mi juicio, su repolitización. Por tal entiendo la activación de experiencias institucionales públicas, orgánicas y funcionales.

Es muy probable que, entre tanto, el tiempo verbal del futuro de los derechos humanos ya no se manifieste ni pueda ser identificado a través de modelos y situaciones de progreso o contracción tan fácilmente discernibles y reconocibles como hasta ahora, sino en virtud de otros más arduos y sutiles, y en buena parte también todavía desconocidos.

Uno de ellos, no obstante, quizá esté siendo el que en el ámbito de su interpretación y aplicación como derechos fundamentales se propone en clave de eventual y posible reversibilidad desideologizada. Esto es, como el juego retórico de un palíndromo donde las direcciones de lectura (construcción del sentido) no alteran el contenido del mensaje. Sólo del esfuerzo al enfrentar con frialdad y crudeza el descenso, como en un «Descenso Maëlstrom»<sup>19</sup>, a la brutal sinrazón de esa hipótesis, podrá no naufragar de relativismo escéptico el legado político y la aventura humanista de la universalidad de los derechos del hombre.



---

<sup>19</sup> «Descenso Maëlstrom», relato donde Edgard Allan Poe narra la supervivencia de un navegante que inmerso en medio de una turbulenta tempestad sólo sobrevive a la vorágine tras controlar su terror.